

y muy pálida la tez,
miró llegar el caballo
tan ligero como un rayo
de su ventana hasta el pie . . .

—
¿Qué tiene la princesita?
¿Por qué en su seno se agita
palpitante el corazón?
. . . ¡Murió el gentil caballero
herido por un acero
que el pecho le atravesó!

—
Murió también la princesa . . .
¿Murió acaso de tristeza?
¿Qué pesar oscureció
de sus miradas el brillo?
. . . ¡Nadie sabe en el castillo
cómo se muere de amor!



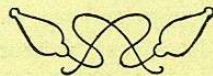
Carnaval.

Agitando sus tirsos de húmedas flores
se acercan las bacantes en raudo coro,
y llegan en confuso tropel sonoro
del placer los festivos adoradores.

En un fondo de luces y de colores
Colombina desata sus trenzas de oro,
y derrama sus rizos sobre el tesoro
de sus hombros desnudos y tentadores.

¡Las copas de Bohemia brindan sus mieles;
resuenan bulliciosos los cascabeles
pregonando las glorias de la alegría,

y ostentando grotesco su vestidura,
Arlequín aparece, rey de la orgía,
entre el himno triunfante de la Locura!



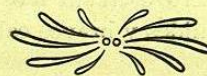
Plenilunio.

"Es sólo un ensueño,
un ensueño blanco
que duerme" . . .

Una noche en que ardían los luceros
y la luna gentil fulguraba,
entonaron los genios del bosque
una tierna, muy dulce balada;
y contaron bellísimas cosas
de una selva, una selva fantástica,
donde habitan tan sólo las ninfas
y los duendes, los gnomos, las hadas,
que protejen el cándido sueño
de una virgen muy bella y muy blanca,
de una virgen que lánguida duerme
sobre un lecho de mirtos y acacias
á la orilla de un lago, que besa
con sus ondas azules sus plantas.
Fué una virgen que amó de la luna
los suavísimos rayos de plata,
adoró los nenúfares blancos
cuando brotan sonriendo en el agua,
y amó todas las níveas blancuras
de los lirios,—blancuras de alma.—
Fué una virgen de núbiles sueños,
que en las noches de luna vagaba
por los claros del bosque, y pedía
á los rayos de luz la besaran,

que besaran sus rubios cabellos
y su frente muy tersa y muy pálida...
Y así fué que una noche de estío,
una noche de luna muy blanca,
se durmió para siempre en su lecho
de jazmines, de nardos y acacias,
entreviendo esplendores y alburas
y soñando con nieves y escarchas!
Y allí está... y es que piensa en las flores,
en los lirios, las flores del alma.

.
Y tejiendo con blancos jazmines
ondulantes y frescas guirnaldas,
una noche contaron los genios
esta historia tan triste y extraña.



Para una princesa.

I.

Señora: los troveros de tiempos medio-
(evales
dijérante al oído muy dulces madrigales,
y oyeras el reclamo de amor de los donceles
que al pie de tu castillo cantaran sus ron-
(deles,
y tuvieran canciones para tus negros ojos
y ensalzaran tus labios, como la sangre
(rojos!
¡Tus labios, más purpúreos que fresas y
(granadas!
¡Tus ojos, que con sólo la luz de sus mira-
(das
hicieran que cruzasen sus filos los aceros
de nobles adalides y bravos caballeros!

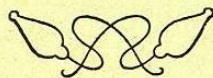
II.

Vengo de los países remotos del ensueño
y turbo con las notas de mi laúd tu sueño,
tu sueño de alma virgen, gentil y enamo-
(rada,
y canto de tus ojos la fúlgida mirada
y el carmín de tus labios, como la sangre
(rojos,

—la gloria de tus labios, la gloria de tus
(ojos,—
de tu alma sin mancha la mística pureza,
la floración sublime de toda tu belleza!

* * *

Y sigo mi camino en busca de ideales.
Perdón si no he sabido decirte madrigales!



Capricho.

Para Loló.

Sopla el céfiro sutil . . .
Apenas su tallo mece
la campánula gentil . . .
¡Amanece!

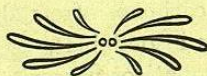
* * *

Ella, la morena hermosa,
la de los labios de guinda,
la de negros ojos, linda
y alegre cual mariposa,
junto á la rústica cerca
al paje aguarda, amorosa.

El pajecillo se acerca,
el de los bucles dorados,
ella deja entre los suyos
sus deditos nacarados . . .
¡Sus deditos! ¡Son capullos
que están todavía cerrados!
Amor en los ojos brilla . . .
Ella entrega su mejilla

y allí el paje—¡qué traviesó!—
cual húmeda florecilla
deja un beso!

.....
Sopla el céfiro sutil . . .
Apenas su tallo mece
la campánula gentil . . .
¡Amanece!



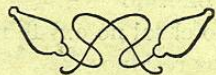
Alma.

Para Amado Villa F.

Sumergido en las profundas
soledades de la alquimia,
contemplando los crisoles
donde el fuego disgregaba
de metales y alcaloides
las moléculas, y piras
do holocaustos á la ciencia
los carbonos ofrendaban,
meditando en insondables,
enigmáticos misterios,
en las criptas donde moran,
laborando los atómicos
elementos que palpitan
en las masas de los cuerpos,
de la Nada los extraños
geniecillos verdi-rojos,
vi á un amigo del secreto,
á un amante de lo oculto,
que formaba con las cifras
de los cósmicos problemas
cabalísticos renglones
en el gris y viejo muro,

donde, hambrientos, asomaban
los reptiles sus cabezas.
—Preguntéle: ¿Qué consultas
á las sombras, hombre sabio?
¿Qué le pides al ignoto?
¡No me ocultes tus secretos!
¿Reverbera en tus retortas
el objeto de un ensayo?
¿O investigas incansable
la virtud de un amuleto?
—Y me dijo el alquimista:
“¿Por ventura saber quieres
lo que absorbe mis esfuerzos,
lo que causa mis fatigas?
Yo analizo el torbellino
de la vida y de la muerte;
qué es el hombre cuando nace,
qué es el hombre cuando espira.
Ahora, escúchame, mancebo,
que, curioso, me interrogas:
para mí desconocido
bajo el sol no existe nada;
la materia sus residuos
ha dejado en mis retortas.
Sólo queda á mis estudios
un objeto, y es . . . ¡el alma!”
Y los ojos penetrantes
del científico, brillaron
con reflejos purpurinos,
como chispas de un incendio.
. . . Y alejéme de aquel hombre
lentamente y meditando
en el mágico principio
que la vida da á los cuerpos . . .
.....

. . . Y pasaron muchos años.
Cuando ví el laboratorio
del anciano sacerdote
de la ciencia, ya arruinada
la techumbre, se leía
sobre el muro y entre escombros
que habitaban extenuados
los reptiles: . . . ¿QUÉ ES EL ALMA?



Conozco un viejo ensueño . . .

Conozco un viejo ensueño que á visitar-
(me viene
de noche, cuando brilla la luna y cuando
(tiene
su luz más tenuidades, y vagan por las
(flores
alados geniecillos que llevan los amores
á virginales pechos de núbiles doncellas
que tristes se durmieron mirando á las
(estrellas.

Conozco un viejo ensueño
muy viejo y muy risueño,
que viene de países lejanos, donde asoma
más bella la alborada sus alas de paloma,
que viene de la patria que vió la prima-
(vera
de mis azules años, los de mi edad primera!
Mi ensueño es un viajero
que viene lisonjero
de rutas que conozco, de tierras que he
(pisado,
del país muy remoto donde quizás he ama-
(do!

Y el viejo peregrino
me cuenta el matutino
frescor de las caricias de los claveles rojos
á blancas margaritas que fingen los enojos

de exóticos pudores
—¡sonrojos de las flores!—
Me cuenta los lejanos fulgores de los días
que tienen nostalgías
de extrañas claridades; y apasionados be-

(sos

que dan entre el follaje los sátiros traviesos
á ninfas soñadoras,
que llevan las auroras
más claras en sus ojos
y tienen unos labios muy húmedos y rojos.

De noche viene á verme mi amigo el va-
(go ensueño;
despacio, muy despacio, risueño, muy ri-
(sueño,

penetra hasta mi alma y todas sus caricias
derrama sobre ella, diciendo las delicias
de noches estivales
y de ojos siderales
que brillan bajo el dombo luciente de los


(cielos

cual brillan en el alma perennes los anhelos!
Y luego que la noche
recoge entre su broche
los pliegues de sus sombras y se aproxi-
(ma el día,

se va del alma mía
mi amigo el vago ensueño de mágicos
(países

envueltos ya en la bruma de mis recuer-
(dos grises,
en donde no prodigan su hiel los desenga-
(ños,

donde brilló la luna de mis azules años!



Guauthemoc.

A Luis Rosado Vega.

Sobre un cielo que crepúsculos
sangrientos inundaron
y ostentando su plumaje
de siniestras tintas rojas,
se destaca como el mote
de un escudo empurpurado
la gran águila que cae,
las altivas alas rotas.

En un valle, junto á un lago
que parece que se ha muerto,
por lo inmóvil de sus aguas
que los vientos ya no rizan,
ruge un león de gran melena,
entre sangre y entre fuego
y semejan sus rugidos
muy extrañas ironías.

Corazones invencibles
se destrozan en las luchas,
prodigando sangre noble
por sus muertos ideales,
y perversos corazones
que resguardan armaduras
sólo alientan al impulso
de malditas ansiedades.

Y en los aires sube lento
como un cántico de gloria
que no apagan los rugidos
del león de gran melena,
y entre el humo que se pierde
de un combate, surgen rojas
las torcidas llamaradas
devorantes de una hoguera.

—
Allí ensaña sus maldades
el caudillo de albo rostro,
y un monarca, que es emblema
de la raza que agoniza,
pregonando hazaña enorme
hace ver cómo un tesoro
vale menos que una patria
y un honor y una hidalguía!

—
Desde entonces, sobre un cielo
de sangrientos arreboles
y ostentando su plumaje
de siniestras tintas rojas,
se destaca, de un escudo
purpurado como el mote,
la gran águila que cae,
las altivas alas rotas!



SIGNIFICACION

DE LAS PALABRAS MAYAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

- ANAHTÉES.—Libros sagrados de los mayas, e criticos en la corteza de ciertos árboles, en algún modo semejante al *papyrus*.
- BATAB.—Cacique. Rey de una provincia, jefe de una tribu.
- CUZAMIL.—Cozumel. Isla célebre por sus santuarios, á que acudían millares de peregrinos.
- CHILAMES.—Sacerdotes-agoreros. Adivinos. Profetas.
- CHIMAY.—Arbol notable por la dureza de su tronco. No se ha clasificado hasta hoy.
- CHUCUM.—Arbol que florece por el fin del verano. Sus flores son blancas y tienen un perfume suave y agradable. Es una leguminosa.
- COPÓ.—Álamo. *Ficus rubiginosa*. Morea.
- CHACAH.—Arbol esbelto y erguido, muy común en los altos bosques.
- JABÍN.—Arbol de madera recia. *Piscidia cartagenensis*. Leguminosa.
- ITZMAL.—Izamal.
- T-HÓ.—Antigua ciudad maya, que ocupaba el lugar de la actual Mérida.
- TZUTZUY.—Paloma salvaje.
- ULMIL.—Léase ULIL. Príncipe maya.
- XHAIL.—Enredadera que da unas hermosas flores azules, abiertas en forma de copa. Es una convolvulácea; su nombre botánico es: *Pharbitis hispida*.
- XTACUMBILXUNAN.—Señora escondida.
- YOK-HÁ-EK.—Estrella sobre el agua.
- YAXCHÉ.—Ceibo. (Ceiba). *Eriodendrum anfractuosum*. Bombácea.
- YAAXCAN.—Serpiente verde.